



www.loqueleo.com/ec

© 2010, Edgar Allan García

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-936-2

Derechos de autor: 5335

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loquele Ecuador: Febrero 2018

Cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Pablo Lara

Edición de actividades: Gabriela Tamariz

Actividades: Joan Ashwell

Corrección de estilo: Alejo Romano

Diagramación del libro: Ramiro Jiménez

Diagramación del cuaderno de actividades: María José Quevedo

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El vampiro Vladimiro

Edgar Allan García



loquele_o



Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

*Para mi nieto Tomás Julián
y su madre Saraluz, con amor*



Uno	11
Dos	19
Tres	27
Cuatro	39
Cinco	49
Seis	59
Siete	67
Ocho	81
Fin	103
Biografía	105
Cuaderno de actividades	107



Uno **Muestra**
promocional

**Prohibida
su venta**

© Santillana

11

Esta es la historia de amor de un vampiro muy singular. Se hace llamar Vladimiro Pérez pero su nombre verdadero es Vladimir Ivanovici Burlesque von Karloff, barón de Alsacia y señor de las tierras de Eminescu, al norte, virando hacia la izquierda. Para resumir y no hacernos líos, Vladimiro a secas, aunque no tan a secas porque siempre le ha encantado, como a todo vampiro, beber sangre, preferiblemente humana, aunque en caso de necesidad, pero sobre todo de pereza, no pocas mascotas han probado sus afilados colmillos, que en su ignorancia han confundido con una simple pulga.

Para que se hagan una idea de ante quién nos encontramos, Vladimiro llegó a nuestro país en un barco de carga, con apenas mil dólares en el bolsillo. Huía —de esto hace más de setenta años pero en él es como si no hubiera pasado un día— de una Europa que, según él, le había quitado todas sus tierras y castillos, y lo había sumido en lo que se suele llamar «la extrema pobreza», tanta que ya ni siquiera tenía

chofer ni se podía alojar en hoteles con piscina, lo cual demostraba, a su parecer, la injusticia de la vida contra un ser cuyo único peccadillo era chuparle la sangre a los distraídos transeúntes.

12 Vladimiro ha pasado de trabajo en trabajo, siempre teniendo que huir cada vez que la gente empezaba a notar que aquel hombre extraño y pálido como un turista europeo recién llegado a la playa no envejecía o, más bien, envejecía con demasiada lentitud. A veces se ha hecho pasar por el hijo de sí mismo cuando alguien le dice:

—Yo conocí a su padre, porque debe de ser su padre, hace años, en otra ciudad.

—Sí —dice en esas ocasiones—, era mi padre, que en paz descansa.

—Ah, es que son idénticos, dos gotas de agua en verdad —comentan.

Y él, para evitar seguir hablando del asunto, suele decir:

—Sí, pero la desaparición de mi padre es algo para mí muy doloroso, mejor cambiemos de tema.

Pues bien, ahora Vladimiro ha conseguido empleo en un banco de la ciudad, el Banco Samaritano, y, poco a poco, ha pasado de simple pagador en una oscura ventanilla a jefe de Cuentas Corrientes y, luego, a calificador de los préstamos del banco. En este

puesto se siente feliz, pues todos los días llega hasta su oficina una gran variedad de personas en busca de un préstamo. Él parece interesarse en lo que dicen, en las propiedades que tienen, en su liquidez financiera, pero mientras hablan, se pasea a su alrededor y las huele de arriba abajo sin que se den cuenta. Es una labor delicada porque tiene que distinguir, en medio de perfumes y olores corporales, la calidad de la sangre de sus posibles siguientes víctimas.

Cuando Vladimiro se da cuenta de que el cliente tiene, por ejemplo, la sangre demasiado espesa o grasosa, enseguida lo desanima y, sin dar ninguna explicación, le dice que salga de su oficina mientras hace que la secretaria llame al siguiente, ante el desconcierto del individuo, que cree haberse equivocado en algo. Afuera, la secretaria, que ya está acostumbrada al comportamiento de Vladimiro, calma al asustado cliente con unas palmadas y agua de tilo. Luego lo envía con otro calificador de préstamos que tiene fama de ser menos exigente que Vladimiro y que, por esa misma razón, es menos apreciado por el gerente general del banco.

Vladimiro es un vampiro exigente en todo, pero en especial en lo que tiene que ver con la sangre. No le gusta, por ejemplo, la sangre de los furiosos, de los envidiosos o de los enfermos del hígado, porque le parece demasiado amarga. Si, además de furiosa,

la persona es cruel, vengativa y traicionera, Vladimiro se tapa la nariz con disimulo porque su sangre apesta a alcantarilla y con solo probar un pizca se envenenaría y le saldrían ronchas en la lengua. Como es conocido, a los vampiros no les gusta el ajo, por lo que tampoco les gusta la sangre de los que comen ajo. Para citar apenas un ejemplo, en cierta ocasión, Vladimiro estaba comiendo morcillas en un restaurante del centro de la ciudad cuando vio a la dueña detrás del mostrador: se trataba de una matrona de grandes proporciones y de cachetes rojos como tomates. A Vladimiro se le hizo agua la boca y, sin que el mesero lo viera, se metió en la cocina. La señora estaba de espaldas preparando una sangría para su único cliente de la tarde, cuando Vladimiro se acercó y, a punto estaba de morderla de una forma tan leve que, estaba seguro, ella ni siquiera se percataría del pinchazo, cuando la matrona se volvió de pronto y exclamó:

—«Ajo, ¡qué dientes tan largos tiene usted, señor!». Pues bien, bastó que Vladimiro escuchara la asquerosa palabra para que le entraran náuseas y saliera corriendo sin pagar la cuenta.

Vladimiro evita, además, la sangre de los que sufren de depresión, pues al día siguiente le entran ganas de quedarse todo el día en cama, mirando el techo y tomando jugo de moras dulces para reponerse.

Además, esa sangre le provoca, por lo general, nostalgia de su familia. Muchos años antes, cuando aún abundaban los de «la cosecha del 39» (se refería a los que nacieron en 1939), tenía especial rechazo al «vino» de sus arterias pues, según él, aquella era una «cosecha» despreciable, ya que en ese año empezó la Segunda Guerra Mundial y, con ella, el comienzo del fin de la estabilidad de su familia, que tuvo que huir apresuradamente de Transilvania y dispersarse por todo el mundo. Escribió en uno de sus diarios:

Los de la cosecha del 39 traen mala suerte; hay algo en ellos que huele a pólvora y, sobre todo, a miedo.

A Vladimiro le encanta, por el contrario, la sangre de «la gente dulce», porque desde pequeño tuvo fama de goloso y es un «vicio» que, según él, no va a dejar nunca. Por supuesto, se refiere a la gente que tiene diabetes, pero también a los que comen golosinas todo el día, en especial chocolates, alfajores y dulce de leche, que a él le encanta probar directamente de las venas, es decir, vaya usted a saber por qué, con un leve sabor a hierro que a él le sabe a cerezas enconfitadas. Definitivamente, la que más le gusta a Vladimiro es la gente de «sangre liviana». Ha escrito Vladimiro en uno de sus poemas:

La sangre liviana me hace volar,
me hace reír, me hace cantar.

16

No es un buen poeta pero se deja llevar por la emoción cuando encuentra «sangre liviana», como si estuviera ante un brillante rubí que ha sobrevivido en medio de problemas y preocupaciones cotidianas. Ha escrito Vladimiro en otro pésimo poema:

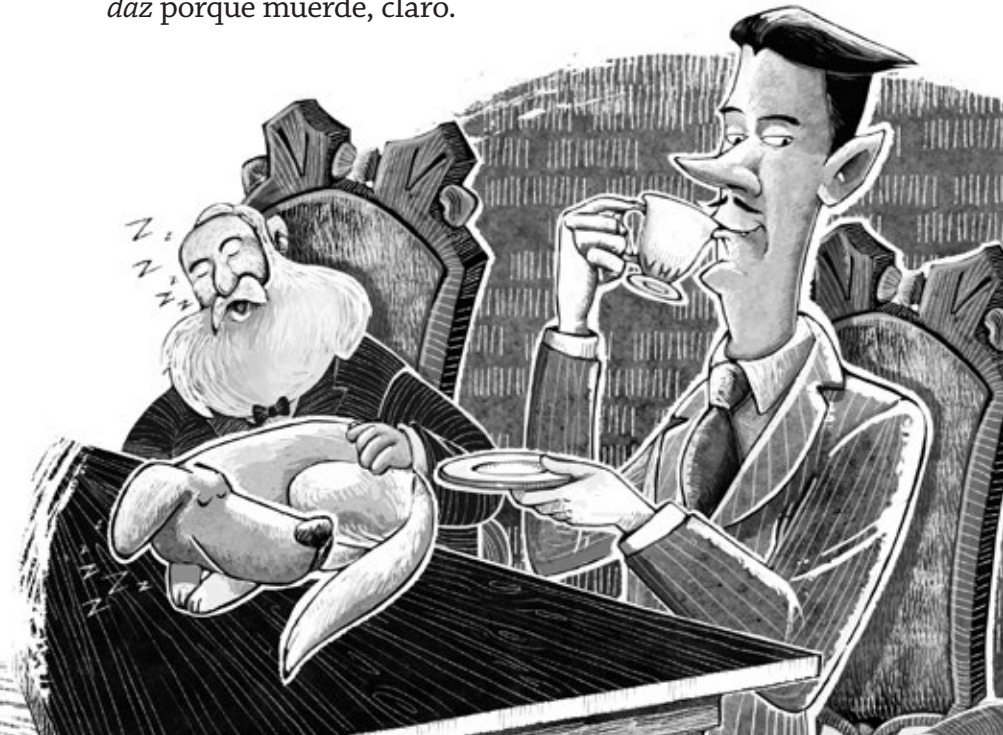
La gente de sangre liviana
va por la vida como por un tobogán.
No le importa sino el vértigo y el tarán tatán.

«¿Tarán tatán?» Nunca ha explicado lo que eso significa. No obstante, cuenta su secretaria que Vladimiro está lleno de frases sin sentido que ella atribuye a que mezcla el castellano con el rumano.

Al igual que Vladimiro, hay muchos vampiros en el resto del mundo viviendo en apariencia una vida común, aunque dedicándose a sacar pintas de sangre por aquí y por allá a sus víctimas, que, contrariamente a lo que dicen las historias, nunca mueren por esa causa. Simplemente un día se levantan con un par de moretones en el cuello y con una anemia leve. Lo máximo que puede beber un vampiro como Vladimiro es una pinta de sangre al día, es decir, algo así como medio litro.

Si la víctima come suficientes puerros y espinacas, en una semana habrá repuesto la sangre que le succionaron mientras dormía. Y, si no le gustan las espinacas sino los helados de chocolate, el asunto podría tardar una semana más, pero de que se recupera, se recupera. Vladimiro es, pues, como un zancudo muy grande: la víctima no lo siente venir y casi nunca se despierta. Si acaso se despertara, creería que está soñando porque él es tan delicado que no movería un pelo, durante los minutos que fueren necesarios, hasta que su víctima se durmiera de nuevo sin sospechar que estaba a punto de ser mordida (con delicadeza, por supuesto) por el pícaro y mordaz Vladimiro... *pícaro* porque pica y *mordaz* porque muerde, claro.

17





Dos Muestra
promocional

Prohibida su venta

© Santillana

19

A partir de este momento, entra a escena una mujer que cambiará la vida de Vladimiro para siempre, aunque al principio él ni siquiera lo sospecha. Esta mujer, más bien pequeña, de cabellos rojizos y ensortijados que le caen sobre los hombros, se ha dirigido al banco donde trabaja Vladimiro con el propósito de pedir un préstamo para hacer una ampliación del bar que ha heredado de su padre. Vladimiro se ha vestido esta mañana con un traje gris, una corbata roja y unos lentes que no sirven para nada, pero que le ayudan a mantener esa apariencia de burócrata bancario que le interesa conservar. Cuando la ve entrar, Vladimiro finge no darse cuenta. Sin embargo, el corazón se le acelera y le tiemblan las piernas. Es algo que nunca antes ha sentido y, con gran disimulo, se apoya sobre el escritorio y agarra unos papeles, como si los estuviera revisando. Los segundos pasan y Vladimiro no sabe si salir corriendo o simular un ataque cardíaco.

—En un momento la atiendo —dice Vladimiro con voz temblorosa—. Y ejem... disculpe lo de mi voz... es que anoche estuve cantando todo el tiempo y bueno... en fin, la la laaa.

—No se preocupe, yo lo espero —responde la mujer, extrañada tanto de la voz de Vladimiro cuanto de su confianza para contarle algo tan personal como que estuvo cantando quién sabe dónde toda la noche.

Cuando por fin se siente más seguro, Vladimiro toma aire, se acomoda la corbata impecable y, con una sonrisa congelada, adopta de nuevo su pose de empleado bancario, aunque no puede dejar de sudar como un marrano en el matadero.

—A ver, deme su hoja de pedido... Ajá, entonces usted vive en este barrio y tiene este teléfono... Bien, muy bien, y usted... y usted, ¿vive con alguien más?

—No, yo vivo sola.

—Ah, perfecto.

—¿Perfecto?, ¿y eso?

—No, eh... yo me entiendo, tranquila. ¿Y su local tiene salida de emergencia?

—Por supuesto, pero, oiga, disculpe que se lo diga, esto parece más el departamento de bomberos que un banco.

—¿Le parece? No, no, son solo preguntas que se hacen antes de mord... antes de darle un préstamo. En este caso es necesario saber si el cliente y su negocio están suficientemente protegidos de un incendio o un robo, porque si su local sufriera un accidente, a nosotros se nos dificultaría el cobro normal del préstamo, ¿no le parece?

—Entiendo —dice la mujer, un tanto molesta.

—Dígame, y... ¿usted tiene otras propiedades para responder en caso de que en algún momento no pudiera pagar el préstamo?

—Mire, señor...

—Pérez, Vladimiro Pérez, a sus órdenes —se presenta él con una voz que vuelve a temblar.

—Mire, señor Pérez, si yo tuviera otra propiedad, créame, la vendería de inmediato y con ese dinero ampliaría mi local sin tener que venir a pasar un mal rato en un banco...

—Lo siento, pero yo solo cumplo con mi trabajo. No se moleste, por favor.

—No, la que lo siente soy yo, disculpe, usted es solo un empleado... Lo que sucede es que esto de los bancos a mí siempre me ha parecido una cosa de vampiros.

—¿De vampiros? Nooo, cómo se le ocurre, yo...